

cultura

## Payaso catalítico

Víctor Pliego

**LA GENTE** tiene muchas ganas de jugar. Slava tira unos balones gigantes en el teatro y el público se vuelve loco tocando, lanzando, girando, golpeando y devolviendo los balones. La acción se traslada de la escena al patio y son los artistas quienes, desde la embocadura, atónitos, miran como el respetable les reemplaza en el espectáculo durante un interminable clímax. Así concluye el Snowshow que Salva Polunin, un payaso ruso que fue cofundador del Circo del Sol, lleva desde hace tres lustros representando por todo el mundo con un éxito tan apabullante como increíble.

Las entradas del Nuevo Apolo se agotaron en Madrid y eso que se vendieron bien caras. Salva es un primo de los Teletubbies que entretiene a los mayores (pocos niños asisten a espectáculos tan caros). El artista y sus comparsas parecen ser los más sorprendidos por el éxito y por las reacciones que sus gestos minúsculos provocan entre los espectadores.

Los payasos caminan por el escenario con pasos torpes y apenas hacen nada, pero eso basta para enfervorizar al público. La acción es nimia, tonta, relajante, irracional... una invitación a detener la máquina pensante y dejarse llevar por los sentidos. No hay argumento, ni apenas expresión, ni estructura. Es una creación posmoderna y vacua, remotamente inspirada en algunas vanguardias del siglo pasado, previamente liberadas de cualquier aspereza o mordacidad.

Todo parece ingenuo y pueril, pero detrás de la aparente sencillez del espectáculo hay un enorme aparato técnico astutamente diseñado para fascinar.